Una historia (más) de princesas

Toño Malpica

Ilustraciones de Víctor Vélez

Norma

Una historia (más) de princesas

Una historia (más) de princesas

Toño Malpica

Norma

www.edicionesnorma.com

Bogotá, Buenos Aires, Caracas, Guatemala,
Lima, México, Panamá, Quito, San José,
San Juan, Santiago de Chile

863.7
M354
2007 Malpica, Antonio
Una historia (más) de princesas / Toño Malpica; ilus. Víctor Vélez. — México : Grupo Editorial Norma, 2009.
184 p. — (Torre de Papel Azul)

ISBN: 978-607-13-0020-1

1. Literatura mexicana. 2. Novela infantil. I. Vélez, Víctor, il. II. t. III. Ser.

D.R. © 2009 , Toño Malpica
D.R. © 2009, de la presente edición:
D.R. © Norma Ediciones, S.A. de C.V.

D.R. © 2017, Educa Inventia, S.A. de C.V.
Av. Río Mixcoac 274, piso 4°, colonia Acacias,
Delegación Benito Juárez, México, Ciudad de México,
C. P. 03240.

Reservados todos los derechos.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
sin permiso escrito de la editorial.

* El sello editorial "Norma", está licenciado por Carvajal, S.A. de C.V., a favor de Educa Inventia, S.A. de C.V.

Impreso en México — *Printed in Mexico*

1ª edición, febrero 2009
3ª reimpresión, abril 2017

Diseño de cubierta: Punto 5 Diseño Gráfico
Ilustración de cubierta: Victor Vélez

ISBN: 978-607-13-0020-1

Contenido

I 9
2.....19
III.....27
4.....35
V.....41
6.....49
VII 55
8.....63
IX.....69
10.....77
XI.....85
12.....93
XIII 103
14.....109

XV 115
16.....117
XVII 119
18.....125
XIX.....133
20.....143
XXI.....151
22.....157
XXIII 165
24.....167
XXV 171
26.....175
XXVII.....179

Para Mariana, Aline, Arantxa, Luz de Luna, Miranda, Brenda y Abril, Tania y Ana Karen...

...princesas todas.

Y para UCH, el hechicero de las ideas. (No se me olvida que me ayudaste –también– a madurar ésta.)

I

—¡Daría lo que fuera por no ser princesa!

Eso fue lo que dije. Y eso, precisamente, detonó los acontecimientos.

Se abrió la ventana, una fuerte ventisca entró a mi cuarto y desordenó mis cosas, mis peluches y todo. Luego, una señora gordita con portafolios y teléfono celular hizo su aparición. Era mi hada madrina. Yo no sabía que todas teníamos una, hasta ese día.

—Niña, dijiste las palabras mágicas.

Se sacudió el polvo de estrellas y se sentó en uno de los taburetitos de mi cuarto cruzando la pierna. Toda una ejecutiva.

—¿Qué palabras mágicas?

—"Daría lo que fuera". Cuatro palabritas y aparece tu hada madrina. ¿No te lo enseñaron tus papás?

Bueno, habría que saber antes que mis padres son un caso especial. Mi papá, el rey, se la pasa todo el tiempo en el Teatro Real haciendo representaciones con la Real Compañía de Teatro. Mi mamá, la reina, es peor que una niña, se la pasa en el bosque haciendo travesuras a los paseantes. Los duendes ya la tienen amenazada, pero ni así deja de divertirse a las costillas de todo el mundo.

—Yo ni sabía que tuviera un hada madrina —confesé.

—Todas las princesas tienen una. Viene con el paquete: ser bonitas, tener un palacio, un príncipe guapo y, por supuesto, un hada madrina.

—Creí que sólo la Güera tenía la suya.

—Qué va. Lo que pasa es que ella suele ser muy ostentosa, ¿o no?

Cierto. Todavía sigue paseándose en su carroza estilo calabaza por todos lados para llamar la atención. Y habla con los ratones nada más para lucirse.

Mi hada madrina se levantó para mirarse en el espejo rosa del tocador.

—¿Y bien? ¿Para qué soy buena?

Me tiré de espaldas en mi cama apartando el dosel. No sabía que todas tuviéramos un hada madrina. Pero ahora que lo sabía, necesitaba pensar si la razón por la que la había invocado era lo que realmente quería de ella. Tal vez fuera más divertido pedir que se le cayera el pelo a todos los del reino. O visitar la Luna. O que a la Nena le crecieran los siete enanos que la acompañan a todos lados.

—¿Qué pasa, Coqui, mi niña? ¿Ya te arrepentiste?

Esa soy yo: Coqui. Mi nombre completo es María Úrsula Rococó Talesitana, duquesa de Mermerodia y alteza real de las azules colinas de Songavor (por cierto, lo de azules es verdad, mi mamá le hizo la broma a mi papá una tarde y mandó pintar todas las colinas del reino. Lo malo es que nunca las pudo despintar y así se quedaron), pero, bueno, el chiste es que todos me dicen Coqui.

Pensé un poco si lo de los enanos no sería mejor idea que mi deseo original, pero bastó acordarme que en la mañana había ordenado una pirámide de trece televisores para ver mi programa favorito repetido trece veces y una malteada de fresa de siete litros. Acabé por decidirme.

—Es que ya no quiero ser princesa, mi hada madrina.

—Llámame tía Ingrid —dijo, y me tendió su tarjeta.

Tía Ingrid Dirgni - Hada Madrina
(Y de las buenas)
Se hacen trabajos del corazón y palíndromos a domicilio

—Tía Ingrid, ya no quiero ser princesa.

Peló tamaños ojos.

—Eso es grave, Coqui. ¿Por qué dices eso?

Pensé en contárselo todo, pero sería mejor que lo viera por ella misma.

—Ven, tía Ingrid. Acompáñame.

Salimos de mi habitación. Afuera, mis dos damas de compañía, Mary y Lola, esperaban muy derechitas, cada una sentada en su propia silla.

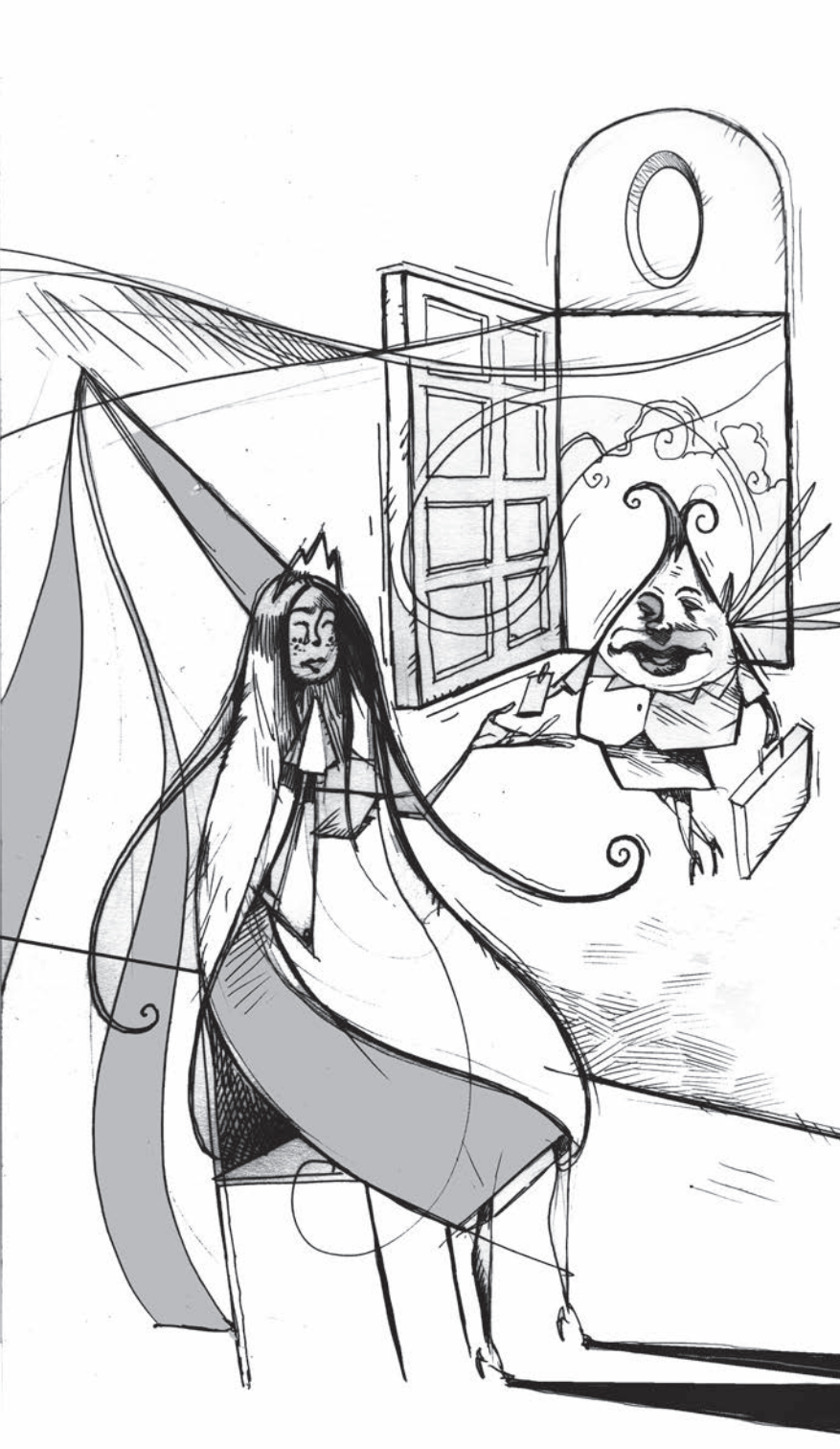
—Su alteza —me saludaron haciendo una reverencia.

—Mary, Lola, les presento a mi hada madrina.

—Un honor —dijeron repitiendo la reverencia.

—Ahora, tía, no pierdas detalle.

Caminé a través de los pasillos y mis dos damas fueron tras de mí. Dimos vuelta en uno de los salones de baile y ellas todavía



me seguían. Subí las escaleras y las bajé varias veces y ellas aún me seguían. Me metí detrás de una cortina y allá fueron ellas también. Me arrojé de cabeza en un jarrón y sólo porque ellas no cabían no se arrojaron también, apenas preguntaron desde afuera: "¿Se encuentra usted bien, su alteza?". Salí del jarrón y eché a correr para perderlas. Imposible. Ni mi sombra hubiera sido tan eficiente. Hasta mi hada madrina, volando y todo, se quedó atrás un par de veces.

Por fin me senté, fatigada, en uno de los muchos sofás de una de las muchas estancias de uno de los muchos salones del palacio. Ellas, jadeando, se quedaron mirándome.

—Mary, Lola, les ordeno que se sienten a mi lado a descansar y a tomar té helado.

Se miraron entre sí, angustiadas.

—Lo sentimos, pero no podemos. Es inapropiado, su alteza.

—¡Inapropiado mis calzones! ¡Les ordeno que se sienten a mi lado!

—No podemos. Le suplicamos nos disculpe, su alteza.

Me puse de pie y eché a correr hacia la cocina, seguida por mi hada madrina y mis dos fieles y agotadas damas. La señora Inés, la jefa de cocineras, estaba preparando un pavo enorme para la cena y un

gran tazón de cereal con leche. A mi papá le encanta el pavo y a mi mamá, las hojuelas de maíz (aunque a veces sospecho que es más por la sorpresa que trae la caja, que por su sabor).

En cuanto entré a la cocina, todos hicieron una reverencia.

—¡Su alteza! —dijeron a coro.

—Señora Inés, ¿cuántos son los que trabajan en la cocina con usted? —pregunté, sin saludar siquiera.

La señora Inés se limpió las manos en el delantal. En la cara se le notaba que ya veía que iba yo a salirle con una de mis cosas.

—Once, su alteza.

—Les ordeno que dejen lo que estén haciendo y vayan a jugar voleibol conmigo.

—¡Horror! ¡Ni Dios lo permita, su alteza!

—Es una orden.

—No puedo obedecerla, su alteza. Sería inapropiado.

—¡Inapropiado mis calzones! ¡Se los ordeno!

—¿No quiere que le hornee un pastel de tres pisos mejor? ¿O de cuatro?

Miré a mi hada madrina, que empezaba a comprender.

—¡Que sea de cinco pisos y con mucho chocolate! —dije, molesta.

—Será un placer —dijo la señora Inés. Y con ella, todos repitieron la reverencia.

—En media hora lo quiero en mi cuarto. No, mejor en veinte minutos.

Eché a correr fuera de la cocina hasta llegar a las puertas del castillo. Ahí, dos guardias, Tito y Simón, hicieron el relevo de mis dos damas de compañía, que seguro se habrían desmayado del cansancio si no ocurre el cambio. Corrí hacia la primera de las dieciocho fuentes que tenemos en el Jardín Real y me metí con todo y zapatos y vestido.

—Tito, te ordeno que te metas a la fuente conmigo.

—¿Usted disculpe, su alteza?

—Me oíste bien. Te ordeno que te metas a la fuente a jugar guerritas de agua conmigo. Y el que pierda le hace cosquillas al otro.

—Lo siento, su alteza. Es que…

—No me digas. Ya sé. Sería inapropiado.

—Exacto, su alteza.

Me senté en la orilla de la fuente, un poco triste. El sol se estaba ocultando ya entre las colinas azules de mi reino. Dos lobos aullaron a lo lejos. De chica me gustaba oír a los lobos aullar al caer la tarde. En ese momento me dieron tristeza.

Mi hada aterrizó a mi lado y se sentó

también en la orilla de la fuente, pero ella con los pies de fuera. No quería arruinar sus bonitos zapatos de tacón.

—¿Ves a lo que me refiero, tía Ingrid?

—Creo que entiendo tu punto, Coqui —dijo. Y enseguida se puso a hacer llamadas por medio de su teléfono celular.